

## CAPITULO XXXI.

### EXPEDICION SOBRE COLIMA.

En la tarde del mismo dia en que se trató el asunto referido en el capítulo anterior, estábamos en el salon principal de la casa de D. Lázaro Gallardo, que servia de alojamiento al general Corona, éste, su secretario Armienta, D. Antonio Gómez Cuervo y yo, cuando el primero desentendiéndose de la conversacion que teniamos y dirijiéndose á Gómez Cuervo, le dijo bruscamente:

—Vd. será el gobernador de Jalisco.

Gomez Cuervo sintió tal sorpresa, que se levantó del asiento como impulsado por un resorte y enrojeándosele hasta lo blanco de las uñas, preguntó con acento extraviado:

—¿Yo.....?

—Sí señor: Vd.

La entonacion que dió Corona á su voz indicaba una resolucion tomada que no admitia réplica.

—Pero Vdes. comprenden que esto es imposible, agregó el desgraciado hombre como implorando auxilio de los que éramos allí simples espectadores, á la vez que del rojo pasaba al amarillo y del amarillo al verde en los colores que se sucedian en su semblante.

—¿Por qué es imposible? le preguntó el general en jefe.

—Porque tambien fuí.....

—Eso no importa, interrumpió Corona ántes que pronunciara la palabra traidor, yo tengo amplias facultades para rehabilitarlo.

—Si yo no soy político.... insistió Gómez Cuervo, si yo no entiendo nada de gobierno..... ni nunca he llegado á ser otra cosa que regidor en Tequila.... Vds. saben que mi profesion es la de comerciante....

—Con un buen secretario Vd. gobernará perfectamente: quiero que Vd. sea el gobernador, y le ruego que no me haga ya ninguna objecion.

El buen hombre vió que empezaba á serle molesta á Corona aquella discusion, y no tuvo otro recurso que admitir el cargo, echándose en seguida á la calle para proporcionarse un buen secretario, cosa difícil en aquellas críticas circunstancias.

Al dia siguiente hizo la protesta legal en medio del estupor de toda la poblacion, que lo que ménos esperaba era aquel extraño desenlace.



¡Quién había de figurarse entónces que un acto, al parecer tan sencillo, iba á causar la division más profunda del partido liberal en Jalisco, y por consecuencia la ruina de aquel ántes poderoso Estado!

Miéntras estaban pasando todos estos sucesos, observé que me encontraba yo en una posicion indefinible: era un poco militar, un poco secretario de Parra, un poco consejero de Corona sin voto decisivo y un poco solidario de la situacion, sin poder en conciencia exigirme por nadie responsabilidad de lo que pasaba. Yo sabia cuanto se estaba haciendo y cuanto se pensaba hacer. Era una especie de ser enciclopédico en los asuntos públicos, aunque sin un papel determinado, que era naturalmente lo que me tenia descontento. Así lo dije al general Parra, manifestándole mis deseos de retirarme á ejercer mi profesion, una vez que mi mision en el nuevo órden de cosas estaba terminada. Este buen amigo procuró retenerme á su lado, pero yo no me sentia con inclinaciones de mantener un carácter pasivo en las milicias, y le dí las gracias. Lo supo el general Corona, y me mandó llamar un dia precipitadamente.

—¿Es Vd. coronel de guardia nacional? me preguntó.

—Con esa investidura estoy reconocido, le contesté.

—Voy á expedirle su despacho en forma, me contestó. Ha prestado Vd. muy buenos servicios, y será eso muy poco para lo que Vd. tiene ganado.

Yo no hice más que ruborizarme, y me preguntó entónces:

—¿Quiere Vd. mandar un cuerpo?

Mi silencio le indicó sin duda que no eran esos mis deseos, y en seguida me dijo:

—¿Quiere Vd. ir á Mazatlan?

—¿Y para qué seré yo bueno allá? le pregunté.

—Deseo que Vd. reciba la secretaría de aquel gobierno.

En seguida me explicó la situacion de Sinaloa. Había quedado allí nombrado de gobernador y comandante militar un hombre sencillo aunque muy patriota que necesitaba direccion. A su lado había personas que no inspiraban confianza, y era preciso imprimir una marcha regular á aquel importante Estado. Era secretario de Gobierno el Lic. Rafael Villegas que, aunque de buen talento, solía tener disipaciones perjudiciales. Era secretario particular de Don Domingo Rubí, que estaba nombrado gobernador, el coronel Francisco Azcárate, persona de mala índole, y era administrador de la Aduana Marítima, D. Francisco Sepúlveda, que era el reverso de su hermano D. Juan ya difunto, que había sido un patricio de reelevantes méritos. Todas esas circunstancias hacían indispensable en el gobierno de Sinaloa una persona nueva, con mis recomendaciones....

En el acto se me vino á la imaginacion la idea de que quería imponérseme un destierro disimulado; pero como también por mi parte deseaba ausentarme de Guadalajara, en donde había hecho una buena cosecha de desengaños, contesté sin más vacilaciones:

—Iré á Mazatlan.

—Entónces prepárese Vd. para salir mañana, me dijo el general demostrando suma satisfacción. Se ven-



drá Vd. conmigo á Colima, y de allí se embarcará por el puerto del Manzanillo para Mazatlan.

Me mandó dar dos pagas de marcha que formaron la suma total de cien pesos, segun la tarifa que estaba rigiendo, y fué lo primero y último que recibí por junto en dos años de campaña. Mis pagas eran de cuatro ó seis reales diarios cuando habia fondos, que era muy raro. Me dió á reconocer, además, como coronel efectivo de caballería agregado á su Estado Mayor, del cual partí la gefatura con Zakany y la secretaria con Armienta.

Al siguiente dia nos pusimos en marcha para Colima con cerca de dos mil hombres: otro número casi igual, al mando del general Márquez de Leon salió para Zamora, plaza que tenian fortificada los imperialistas. Con este gefe iban Toledo, Granados y Adolfo Palacio., mandando cada uno un cuerpo de infantería. Con nosotros iban Escudero, Saavedra, Dávalos y otros coroneles tambien de infantería. Corona habia tenido la fortuna de reunir en torno suyo un cuadro de oficiales que nada dejaban que desear.

En los pueblos del Sur se nos incorporó la famosa brigada de caballería que habia organizado el inteligente y activo general Amado Guadarrama, la cual nos dejó plenamente satisfechos con su organizacion y porte marcial.

Cruzamos sin tropiezo alguno las barrancas de Atenquique y Beltran.

No quiero omitir un incidente chusco que pasó en Tonila, la víspera del dia en que debiamos llegar á

Colima, siquiera para que los lectores encuentren menos monótona y menos pesada esta relacion.

Corona se divertia frecuentemente haciendo discutir al gefe de su Estado Mayor, Sr. Zakany, con el asesor de guerra, Lic. Caravantes. Miéntas que el primero era un hombre instruido, el segundo no pasaba de ser un ignorante con pretensiones de sabio, que nunca se quedaba sin contestar fuera tuerto ó derecho, no dándose jamás por vencido en las cuestiones históricas ó filosóficas que se promovian. En la noche anterior, ántes de acostarnos, habia sido batido completamente por Zakany, y se encontraba completamente desazonado.

Estábamos en la mesa este dia en presencia de muchas personas extrañas, y aprovechó tal circunstancia Caravantes para lanzar á su contendiente una de esas pullas que no tienen más contestacion que un pistolazo. Zakany se puso lívido de rabia al sentirse herido con aquella arma traidora, y sin poder continuar comiendo esperó con forzada calma á que nos levantáramos de la mesa. En seguida nos suplicó al joven ayudante Iberri y á mí que en su nombre pidiéramos á Caravantes la más completa satisfaccion. En caso de negarse á darla, no tenia más camino que elegir dos padrinos: el duelo entónces venia á ser inevitable.

Cumplimos con nuestra mision observado la reserva que era necesaria, encontrándonos en medio de un campamento, pero Caravantes nos contestó con una evasiva.

Despues de nuevas gestiones en que le hicimos comprender que era necesario terminar aquel inciden-



te de una manera decorosa, nos contestó que se batiría si daba su consentimiento el general en jefe, negándose obstinadamente á nombrar testigos para que constituyeran con nosotros el tribunal de honor.

—Esta es una negativa redonda, exclamó Zakany, y cogiendo el látigo con que azotaba su caballo y llevando violentamente á la sala de nuestro alojamiento á las personas que se habian encontrado en la mesa, anunció que iba á chicotear al Sr. de Caravantes por haberlo injuriado de un modo sangriento y no haber querido aceptar el lance de armas propuesto. Hubiera ejecutado sus designios si el general Corona no se hubiera lanzado á impedirlo, amonestando á ambos para que en lo sucesivo supieran manejarse con mayor cordura, haciéndoles notar que al siguiente dia iban á tener oportunidad de dar muestras de valor delante del enemigo comun.

Al llegar á Colima encontramos la plaza casi sitiada por trescientos *chinacates* que mandaba el valiente general Julio García. Con esta reducida fuerza de caballería se habia sostenido por cerca de un año en los alrededores de aquella ciudad, resistiendo mas de diez choques con el enemigo en uno de los cuales puso fuera de combate al contra-guerrillero Borthelin y á otros gefes franceses y mexicanos imperialistas de no ménos importancia. A la vez estaba ocupando las goteras de la poblacion sin que las tropas de la guarnicion se atrevieran á salir á batirle.

Nos encontramos la plaza bien fortificada y defendida por tres mil hombres al mando del general D.

Felipe Chacon. Realmente no llegaban á ese número todas nuestras tropas reunidas.

Antes de desmontar y miéntras los cuerpos se situaban en los puntos que les fueron designados, sirviéndonos de guía D. Julio, hicimos un reconocimiento dando una vuelta completa á la poblacion.

¡Bajo que distintos auspicios nos encontrábamos ahora los que habiamos concurrido al primer ataque de esta plaza acompañados de Rojas y Simon Gutierrez!

Antes todos eran nuestros enemigos porque todos sabian que tenian que defender contra nuestras chusmas sus vidas y haciendas; antes nosotros mismos, los hombres de bien, teniamos horror á la victoria; antes teniamos que combatir contra un enemigo que estaba engreido con sus triunfos. Ahora todos los habitantes de la poblacion eran nuestros partidarios y se disputaban la honra de darnos las mejores noticias; ahora aunque nuestras tropas fueran las mismas con ligeras modificaciones, estaban completamente moralizadas y todos nos encontrábamos llenos de confianza; ahora por último, habia unidad en el mando y éramos conducidos al combate por un héroe en cuyas sienas se ostentaban frescos aún los laureles de la gloria.

Los que hicimos este peligroso reconocimiento éramos cosa de unos sesenta hombres muy bien montados: el general Corona y su Estado Mayor, el general Julio García y sus ayudantes, el general Guadarrama y sus ayudantes, mas los asistentes y demas agregados.

Por donde quiera que pretendíamos aproximarnos éramos vigorosamente ametrallados, pero ninguno qui-



so dar su brazo á torcer, esto es, ninguno fué bastante prudente para dar el consejo de que no se espusiera inútilmente la vida de nuestros generales. Por fortuna los sitiados estaban con miedo y no pudieron hacer puntería, por lo que solo resultaron heridos en esta jornada dos hombres y cuatro caballos.

Por la tarde miéntras se dictaban las disposiciones para comenzar el asedio en forma, Corona dispuso que un clarín se acercara á las fortificaciones tocando parlamento. Contestaron los de la plaza, se suspendió el fuego y fuí designado para acercarme al fortín en que se habia colocado una bandera blanca. Se me marcó el alto á diez pasos y luego un oficial descendió de la fortificación dirijiéndose al sitio en que yo me encontraba.

El resultado de nuestra conversacion, que no duró más de cinco minutos, fué que las negociaciones quedarían aplazadas para el dia siguiente. El oficial me dijo que el jefe de la plaza no creia que se hubiera mandado desde luego una persona competentemente autorizada para entrar en tratados formales y que solamente tenia encargo de fijar las diez de la mañana del dia siguiente para que pudieran reunirse los comisionados de una y otra parte, pudiendo en el entretanto continuar las hostilidades.

Inmediatamente entraron en ejercicio nuestros zapadores y gracias á la actividad que se desplegó y á la facilidad que ofrece Colima para esa clase de trabajos, al amanecer nuestra línea no solo estaba bien establecida sino á la distancia conveniente para dar el asalto, en caso necesario.

Los fuegos fueron bastante vivos toda la noche: algunos hombres de los nuestros que cometieron la imprudencia de acercarse á las trincheras, quedaron fuera de combate, sin que hubiera uno solo en nuestro campo que á la mañana siguiente dudara de la victoria.

CAPITULO XXXII

